

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

# EL ULTIMO ABENCERRAGE.

POR EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND,

TRADUCIDO

POR DON MANUEL M. FLAMANT.



CHATEAUBRIAND.

MADRID.  
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,  
calle del Principe num. 4.  
1854.



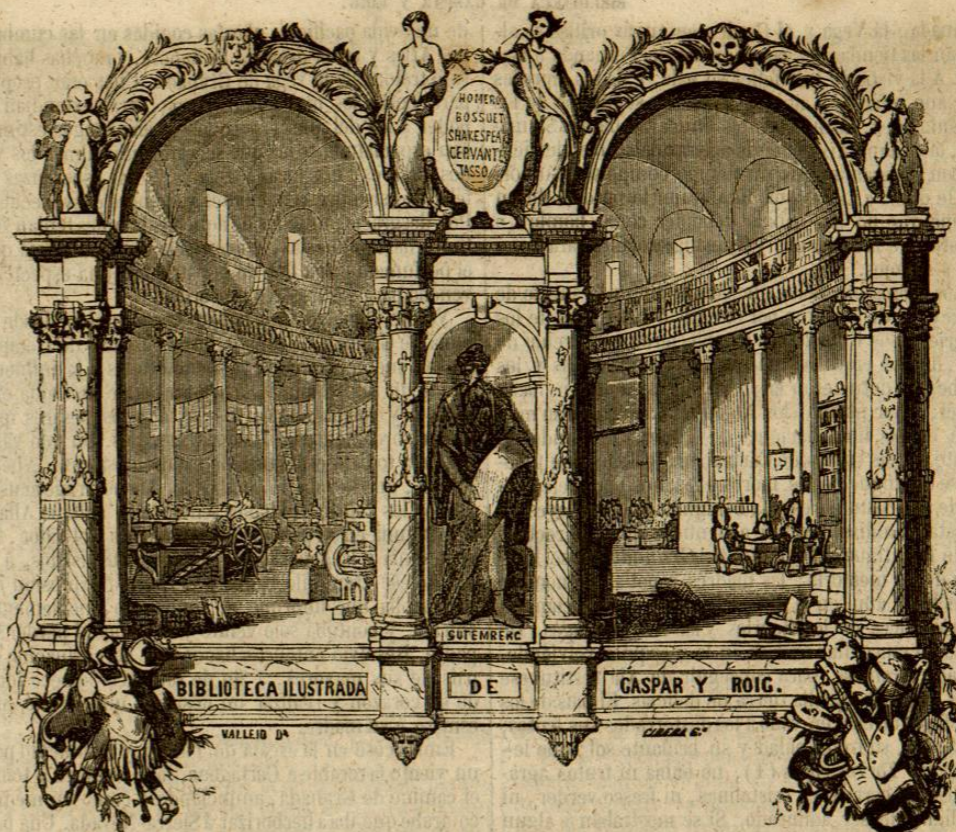
EL ÚLTIMO ABENCERRAGE

POR EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND

TRADUCIDA POR DON JUAN VALLEJO

IMPRESA DE GASPAR Y ROIG

1841



EL ÚLTIMO ABENCERRAGE.

ADVERTENCIA.

Las Aventuras del último Abencerrage fueron escritas há cerca de veinte años: el retrato que en ellas he trazado de los españoles explica bastante el por qué esta nueva edicion no ha podido ser impresa bajo el gobierno imperial. La resistencia de los españoles á Bonaparte, resistencia por parte de un pueblo inerme á un conquistador que habia vencido los mejores soldados de Europa, excitaba entonces el entusiasmo de todos los corazones capaces de apreciar los grandes rasgos de abnegacion y los nobles sacrificios. Las ruinas de Zaragoza humeaban todavia, y la censura no hubiera permitido unos elogios en que hubiera descubierto con razon un oculto interés hácia las victimas. La pintura de las antiguas costumbres de Europa, los recuerdos de la gloria de otros dias y los de la corte de nuestros mas brillantes monarcas, no hubieran sido gratos á la censura, que por otra parte empezaba á arrepentirse de haberme dejado hablar tantas veces de la antigua monarquia y de la religion de nuestros padres; los muertos que sin cesar evocaba, infundian bastante recelo á los vivos. Colócase á veces en los cuadros algun personaje deforme, para hacer resaltar la hermosura de los demás; pero en esta obra he querido pintar tres hombres de un carácter igualmente elevado, si bien no superiores á la naturaleza, y conservando con sus pasiones, las costumbres y hasta las preocupaciones de sus respectivos paises. El carácter

de la mujer está diseñado sobre las mismas proporciones, porque es muy justo que el mundo de las quimeras, cuando nos trasladamos á él, nos indemnice de los disgustos del mundo real.

Fácilmente se echará de ver que esta es la obra de un hombre que ha experimentado las amarguras del destierro, y cuyo corazon pertenece por entero á su patria.

He tomado en los mismos lugares las vistas de Granada, de la Alhambra, y de esa mezquita transformada en iglesia, porque no es otra cosa la catedral de Córdoba. Estas descripciones son una especie de adición á un fragmento de la última parte del *Itinerario de Paris á Jerusalem*.

Hay en esta obra frecuentes alusiones á la historia de los Zegries y Abencerrages, tan conocida que he creído inútil hacer un bosquejo de ella en esta *advertencia*. Esta novela contiene los pormenores que bastan para la inteligencia del texto.

Cuando Boabdil, último rey de Granada, se vió obligado á abandonar el reino de sus padres, se detuvo en la cima del monte Padul, desde donde se descubria el mar en que el desventurado monarca iba á embarcarse para el Africa; descubriase tambien á



Granada, la Vega y el Genil, en cuyas orillas se alzaban las tiendas del campamento de Fernando e Isabel. A la vista de tan delicioso país, y de los cipreses que aun señalaban aquí y acullá los sepuleros de los musulmanes, Boabdil rompió en acerbo llanto. Su madre, la sultana Aixa, que le acompañaba en el destierro con los grandes que un tiempo componían su corte, le dijo: «Llora como una mujer la pérdida de un reino que no has sabido defender como hombre.» Bajaron de la montaña, y Granada se ocultó para siempre á sus ojos.

Los moros españoles que compartieron la suerte de su rey, se dispersaron por el Africa. Las tribus de los Zegries y los Gomeles se establecieron en el reino de Fez, de que eran descendientes. Los Vanegas y los Alabes se detuvieron en la costa, desde Oran hasta Argel; y por último, los Abencerrages fijaron su morada en las inmediaciones de Túnez, formando en frente de las ruinas de Cartago una colonia que todavía se distingue de los moros africanos por la elegancia de sus costumbres y la benignidad de sus leyes.

Estas familias llevaron á su nueva patria el recuerdo de la antigua. El *Paraiso de Granada* no se borraba de su memoria; las madres repetían su nombre á sus hijos aun en la lactancia, y los adornaban con los romances de los Zegries y los Abencerrages. De cinco en cinco días oraban en la mezquita volviéndose hácia Granada, para conseguir de Alá restituyese á sus elegidos aquella tierra de delicias. El país de los Lotófagos ofrecía en vano á los desterrados sus frutos, sus aguas, su frondosidad y su brillante sol; que lejos de las *Torres rojas* (1), no habia ni frutos agradables, ni corrientes cristalinas, ni fresco verdor, ni sol digno de ser admirado. Si se mostraban á algun proscrito las llanuras del Bagrada, sacudia tristemente la cabeza y exclamaba suspirando: «¡Granada!»

Los Abencerrages conservaban especialmente el mas tierno y fiel recuerdo de la patria, pues habian dejado con mortal amargura el teatro de su gloria, y las márgenes que tantas veces hicieran resonar á este entusiasta grito de guerra: «¡Honor y Amor!» No pudiendo ya manejar la lanza en los desiertos, ni cubrirse con el casco en una colonia de labradores, habianse consagrado al estudio de los simples, profesion tan estimada entre los árabes como la de las armas. Así, pues, la raza guerrera, que en otro tiempo abria heridas, ocupábase ya en el arte precioso de curarlas; en lo cual conservaba algo de su primitivo genio, porque los caballeros acostumbraban curar por sí mismos las heridas del enemigo que habian derribado.

La cabaña de esta familia, antigua poseedora de suntuosos palacios, no estaba situada entre las de los demás desterrados, al pié del monte Mamelife, sino entre las mismas ruinas de Cartago, á orillas del mar, en el lugar donde San Luis murió en su lecho de ceniza, y donde se ve en la actualidad una ermita mahometana. De las paredes de la cabaña pendian escudos de piel de león, que ostentaban sobre campo azul dos salvajes que derribaban una ciudad con sus mazas; en derredor de esta divisa se leían estas palabras: «¡*Qué bagatela!*» armas y divisa de los Abencerrages. Veíanse lanzas adornadas de pendones blancos y azules; albornoces y casacas de raso acuchilladas, detrás de los escudos, y brillaban en medio de las cimitarras y las dagas. Veíanse tambien colgados en desorden guantes de batalla, frenos incrustados de piedras preciosas, anchos estribos de plata, largas espadas, cuya vaina habia sido bordada por la mano de princesas, y espuelas de oro que las Yseult, las Genievres y las Orianas calzaran en días mas felices á denodados paladines.

Al pié de estos trofeos de gloria, mostrábanse los

(1) Torres del palacio de Granada.

de una vida pacífica: plantas cogidas en las cumbres del Atlas y en el desierto de Zahara, y muchas habian sido traídas de la vega de Granada. Unas eran propias para curar los males del cuerpo, otras extendían su poder á los del alma; pero los Abencerrages estimaban especialmente las que servían para calmar los vanos pesares, las locas ilusiones y esas esperanzas de felicidad siempre renacientes y siempre desvanecidas. Por desgracia, muchos de aquellos simples tenían virtudes harto opuestas, y acontecia con frecuencia que el perfume de una flor de la patria era una especie de veneno para los ilustres proscritos.

Veinte y cuatro años habian transcurrido desde la toma de Granada. En este breve espacio de tiempo, habian sucumbido catorce abencerrages á la influencia de un nuevo clima, á los azares de una vida errante, y especialmente á esos ocultos pesares que minan sordamente las fuerzas humanas. Un solo vástago era toda la esperanza de esta famosa casa. Aben-Hamet, que llevaba el nombre del Abencerrage acusado por los Zegries de haber seducido la sultana Alfaïma, reunía en su persona la hermosura, el valor, la cortesania y la generosidad de sus antepasados, á la par de ese tranquilo brillo y esa ligera expresion de melancolía que imprime el infortunio, noblemente sufrido, y contaba solo veinte y dos años al perder su padre. Resolvió entonces hacer una peregrinacion al país de sus mayores, á fin de satisfacer la necesidad de su corazon y realizar un designio que ocultó con esmero á su madre.

Embarcóse en la escala de Túnez, y conducido por un viento favorable á Cartagena, saltó en tierra y tomó el camino de Granada, anunciándose como un médico árabe que iba á herborizar á Sierra-Neveda. Una pacífica mula le llevaba lentamente al país donde los Abencerrages volaban en otro tiempo caballeros sobre belicosos corceles; precedíale un guia, conduciendo otras dos mulas adornadas de cascabeles y de moños de lana de diferentes colores. Aben-Hamet atravesó los vastos matorrales y los bosquecillos de palmeras del reino de Murcia, y juzgando por su vejez que habian sido plantadas por sus padres, apoderóse de su corazon honda amargura. Aquí se elevaba una torre donde velaba el centinela en tiempo de la guerra de los moros y los cristianos; allí se debia ver una ruina cuya arquitectura anunciaba su origen morisco: nuevo motivo de dolor para el Abencerrage, que se apeaba de su mula, y bajo pretexto de buscar ciertas plantas, se ocultaba en aquellos tristes despojos del tiempo, para dar rienda suelta á sus lágrimas. Volvía luego á emprender su camino, abismado en mil ideas fantásticas, al estrépito de las campanillas de la caravana y al monótono canto de su guia, que no interrumpía su largo romance sino para animar sus mulas, apellidándolas *gallardas* y *valerosas*, ó para increparlas con los nombres de *perezosas* y *tercas*.

Los rebaños de carneros que un pastor conducía por las amarillas é incultas llanuras, y algunos aislados viajeros, lejos de esparcir la animacion y la vida en el camino, servían únicamente para hacerlo mas triste y desierto. Todos aquellos viajeros ceñían una larga tizona, se cubrían con su capa, y un ancho sombrero inclinado hácia delante les cubría medio rostro. Saludaban al paso á Aben-Hamet, que solo distinguía en aquel ríble saludo los nombres de *Dios*, *señor* y *caballero*. Cuando cerraba la noche, el Abencerrage se sentaba en la *venta*, en medio de los extranjeros, sin que le ofendiese una indiscreta curiosidad, pues nadie le hablaba ni le dirigía pregunta alguna, porque ni su turbante, ni su traje, ni sus armas excitaban la menor admiracion. Puesto que Alá habia querido que los moros de España perdiesen su hermosa patria, Aben-Hamet no podia dejar de estimar á los graves conquistadores.

Mas vivas aun eran las emociones que esperaban

al Abencerrage al término de su excursion. Granada está construida al pié de Sierra-Neveda, sobre dos enhiestas colinas, separadas por un profundo valle. Las casas, situadas en el declive de las colinas, en el fondo de aquel, dan á la ciudad el aspecto y la forma de una granada entreabierta, circunstancia á que debe su nombre. Dos rios, el Genil y el Darro, de los cuales el uno arrastra pajillas de oro, y el otro arenas de plata, bañan el pié de las colinas, y se reúnen y serpentean en una llanura encantadora, llamada la *Vega*. Esta llanura, sobre la cual descuella Granada, está cubierta de viñedos, granados, higueras, moreras y naranjos, y rodeada de montañas de forma y color admirables. Un cielo encantado y un ambiente puro y delicioso abisma el alma en una secreta languidez, de que cuesta trabajo librarse al viajero que no hace sino pasar. Echase bien de ver que en semejante país las pasiones tiernas hubieran sofocado en breve las pasiones heroicas, si el amor, para ser verdadero, no necesitase siempre apoyarse en la gloria.

Cuando Aben-Hamet descubrió los remates de los primeros edificios de Granada, su corazon palpó con tanta violencia que se vió precisado á detener su mula; así es que, cruzando los brazos sobre el pecho y fijos sus ojos en la sagrada ciudad, permaneció mudo é inmóvil. El guia se detuvo á su vez; y como un español comprende fácilmente todos los sentimientos elevados, mostróse conmovido y adivinó que el moro pensaba en su antigua patria. El Abencerrage rompió al fin su silencio y dijo:

—¡Guia, sé feliz! No me ocultes la verdad, porque la calma reinaba en las olas del día de tu nacimiento, y la luna entraba en su creciente. ¿Qué torres son esas que brillan á manera de estrellas sobre aquel frondoso bosque?

—Es la Alhambra, repuso el guia.

—¿Y ese otro castillo que descuella sobre esa colina?

—Es el Generalife; hay en ese palacio un jardin plantado de mirtos, donde es fama que un abencerrage fue sorprendido con la sultana Alfaïma. Mas allá verás el Albaycin, y mas cerca de nosotros las Torres rojas.

Cada palabra del guia desgarraba el corazon de Aben-Hamet. ¡Cuán cruel es haber de recurrir á los extranjeros y para conocer los monumentos de nuestros padres, y hacerse narrar por hombres indiferentes la historia de nuestra familia y nuestros amigos! El guia, interrumpiendo las reflexiones de Aben-Hamet, exclamó: «Marchemos, señor moro; ¡Dios lo ha querido así! Cobrad aliento. ¿No está hoy mismo prisionero en nuestro Madrid Francisco I? ¡Dios lo ha dispuesto!» Esto dicho, descubrió su cabeza, santiguóse, y espoleó sus mulas. El Abencerrage hizo lo mismo con la suya, y exclamó: «¡Estaba escrito!» y se encaminaron á Granada.

Pasaron cerca del grueso fresno, célebre por el combate de Muza y del gran maestre de Calatrava, en tiempo del último rey de Granada. Dieron la vuelta al paseo de la alameda, y entraron en la ciudad por la puerta de Elvira. Subieron á la Rambla, y llegaron poco despues á una plaza rodeada por todas partes de casas de arquitectura morisca. En la plaza se veía un kan construido por los moros de Africa, á quienes el comercio de sedas de la Vega atraía en considerable número á Granada. El guia condujo al kan á Aben-Hamet.

Este se sentia harto agitado para disfrutar un poco de reposo en su nueva vivienda: la patria le atormentaba. No pudiendo hacerse superior á los sentimientos que agitaban su corazon, salió á media noche para vagar por las calles de Granada, procurando reconocer con sus ojos y sus manos algunos de los monumentos que tantas veces le habian descrito los ancianos. Tal

vez aquel alto edificio cuyas paredes vislumbraba al traves de las tinieblas, era la antigua morada de los Abencerrages; tal vez, en aquella plaza solitaria se celebraban las fiestas que levantaran hasta las nubes la gloria de Granada. Por allí pasaban las cuadrillas soberbiamente vestidas de brocados; mas allá se adelantaban las galeras cargadas de armas y de flores, los dragones que vomitaban fuego y que ocultaban en su seno ilustres guerreros: ingeniosas invenciones del placer y de la galantería.

«Mas, ay! en vez del marcial sonido de los añfiles, del eco de las trompetas y de los cantos del amor, reinaba un silencio profundo en torno de Aben-Hamet. La muda ciudad habia cambiado de habitantes, y los vencedores descansaban en el lecho de los vencidos. «Los altivos españoles, exclamó el jóven é indignado moro, duermen á la sombra de los techos de que han desterrado á mis abuelos! ¡Y yo, Abencerrage, velo desconocido, solitario y abandonado, á la puerta del palacio de mis padres!»

Y reflexionaba sobre la inestabilidad de los destinos humanos, sobre las vicisitudes de la fortuna, sobre la caída de los imperios, y en fin, sobre aquella Granada sorprendida por sus enemigos en medio de sus placeres, y trocando repentinamente sus guirnalda de flores por rudas cadenas; pareciale ver á sus pobladores abandonando sus hogares en traje de fiesta, á manera de los convidados que en medio del regocijo de un banquete, son de improviso espulsados por un incendio, de la sala del festin.

Todas estas imágenes, todos estos pensamientos se aglomeraban en el alma de Aben-Hamet, que lleno de dolor y pesar, se proponia realizar el proyecto que le habia llevado á Granada. El Abencerrage se habia extraviado, y se hallaba lejos del kan en un retirado arrabal de la ciudad. Todo dormía; ningun rumor interrumpia el silencio de las calles; las puertas y las ventanas estaban cerradas, y solo el canto del gallo anunciaba en la habitacion del pobre la vuelta de los trabajos y los pesares.

Despues de haber vagado mucho tiempo sin serle posible volver á hallar su primer camino, Aben-Hamet oyó entreabrirse una puerta, y fijando en ella su vista, vió salir una jóven vestida casi como esas reinas góticas, esculpidas en los monumentos de nuestras antiguas abadias. Su corpiño negro, adornado de azabaches, oprimía su esbelta cintura; su saya corta, estrecha y sin pliegues, descubria una torneada pierna y un lúido pié; una mantilla, negra tambien, envolvía su gentil cabeza, y con la mano izquierda cruzaba y cerraba su mantilla bajo la barba, de tal suerte que no se descubrian de su rostro sino los rasgados ojos y la sonrosada boca. Acompañábala una dueña, un escudero la precedía llevando en la mano un devocionario, y dos pajes adornados con sus colores, seguían á escasa distancia la bella incógnita, que se dirigía á la oracion matutina, á la que convocaba el tañido de la campana de un vecino monasterio.

Aben-Hamet creyó ver en aquella aparicion al ángel Israfil ó la mas jóven de las Huris. No menos sorprendida miraba la española al Abencerrage, cuyo turbante, traje y armas daban nuevo realce á su apuesto continente. Repuesta de su primer asombro, hizo al extranjero una señal para que se acercara, con esa gracia y ese desembarazo que caracterizan á las mujeres de aquel país. «Señor moro, le dijo; pareceme sois recién llegado á Granada; ¿acaso os habeis extraviado?»

«Sultana de las flores, repuso Aben-Hamet; delicia de los ojos de los hombres, ¡oh esclava cristiana! mas hermosa que las vírgenes de la Georgia, tú lo has adivinado: soy extranjero en esta ciudad querida, y habiéndome perdido entre estos palacios, no he podido volver al kan de los moros. ¡Toque Ma-



homa tu corazón, y recompense tu hospitalidad!» «Proverbial es la galantería de los moros, respondió la española con la más dulce sonrisa; pero ni soy sultana de las flores, ni esclava, ni me satisface verme recomendada á Mahoma. Seguidme, señor caballero, y os acompañaré al kan de los moros.»

Y marchando con ligero paso delante del Abencerrage, le condujo hasta la puerta del kan, que le mostró con la mano, pasó á espaldas de un palacio, y desapareció.

«De cuán poco depende la paz de nuestra vida! La patria no ocupa ya sola y por entero el alma de Aben-Hamet: Granada no es á sus ojos un desierto, una ciudad abandonada, viuda y solitaria: es más cara á su corazón que antes, pues un nuevo prestigio embellece sus ruinas, porque al recuerdo de sus mayores mézclase ahora otro encanto. Aben-Hamet había descubierto el cementerio en que descansaban las cenizas de los Abencerrages; pero al orar, al prosternarse, al derramar por su memoria filiales lágrimas, piensa que la joven española ha pasado alguna vez sobre aquellos sepulcros, y sus antepasados, aunque difuntos, le parecen felices.»

En vano intenta ocuparse exclusivamente de su peregrinación al país de sus padres; en vano recorre las colinas del Darro y del Genil, para recolectar plantas al amanecer, pues la flor que ora busca es la hermosa cristiana. ¡Cuán inútiles esfuerzos ha hecho ya para volver á hablar el palacio de su encantadora! ¡Cuántas veces ha intentado volver á pasar las calles que le hiciera recorrer su divino guía! ¡Cuántas ha creído reconocer el tañido de aquella campana y el canto de aquel gallo que overa no lejos de la morada de la peregrina española! Alucinado por iguales rumores, corre presuroso al paraje donde se escuchaban; mas el mágico palacio no se presenta á su vista. Y acaeció también que el uniforme traje de las granadinas le inspiraba una fugaz esperanza, porque á cierta distancia todas las cristianas se parecían á la señora de su corazón; y era el caso que miradas de cerca, ni una siquiera atesoraba su hermosura y sus gracias. Aben-Hamet había recorrido las iglesias para descubrir la extranjera, y hasta había penetrado en las sepulturas de Fernando é Isabel, siendo este el más costoso sacrificio que hasta entonces hiciera en aras del amor.

Cierto día herborizaba en el valle del Darro. La colina meridional sostenía en su florida pendiente las murallas de la Alhambra y los jardines del Generalife, y la septentrional estaba decorada por el Albaycín, por risueños vergeles y por grutas habitadas por un pueblo numeroso. A la extremidad occidental del valle descubriéndose los campanarios de Granada, que descolaban agrupados sobre las encinas y los cipreses, y en la oriental veíanse sobre las crestas de los peñascos, conventos, ermitas, algunas ruinas de la antigua Iliberia, y allá en lontananza las erguidas cumbres de Sierra-Neada. El Darro corría por el centro del valle y presentaba á lo largo de su corriente pintorescos molinos, sonoras cascadas, los rotos arcos de un acueducto romano, y los restos de un puente morisco.

Aben-Hamet no era á la sazón ni bastante desgraciado ni bastante dichoso para disfrutar de lleno los encantos de la soledad, por lo cual recorría distraído é indiferente aquellas encantadoras márgenes. Mas hé aquí que marchando á la ventura, y siguiendo una espesa alameda que rodeaba la colina del Albaycín, no tardó en mostrarse á sus ojos una casa de campo, rodeada de un bosquecillo de naranjos, en cuya inmediación oyó los sonidos de una voz y una guitarra. Existían tan misteriosas relaciones entre la voz, el rostro y las miradas de una mujer, que nunca se equivoca en tales materias el hombre á quien el amor tiraniza. «¡Es mi hurí!» exclamó ébrio de gozo Aben-Hamet; y aplicando atento oído con el corazón palpitante, los latidos de este se aceleraban al nombre de los Aben-

cerrages, muchas veces repetido. La desconocida cantaba un romance castellano en que se pintaba la historia de los Abencerrages y Zegries. Aben-Hamet no pudo resistir su emoción, y saltando una cerca de mirtos, fue á dar en medio de un grupo de apuestas y jóvenes damas, que asustadas á tan estraña y no prevista aparición, apelaron á la fuga con no pequeña gritaría. Mas, ¡a española que acababa de cantar y que aun tenía la guitarra, exclamó, sin dar muestra alguna de susto: «¡Es el señor moro!» Y llamó á sus tímidas compañeras.» ¡Favorita de los genios! le dijo el gallardo Abencerrage, yo te buscaba como busca el árabe una fuente en los rigores del medio día; he oído los ecos de tu guitarra, que celebraba los héroes de mi país, y habiéndote adivinado en la dulzura de tus acentos, vengo á poner á tus plantas el corazón de Aben-Hamet.»

«Y yo, repuso doña Blanca, cantaba el romance de los Abencerrages, ocupada la mente en vos, porque despues de haberos visto, me he dado á imaginar que esos caballeros moros se os parecen mucho.»

Y un ligero carmin se esparció por las mejillas de Blanca, no bien hubo pronunciado tales palabras. Aben-Hamet se sintió inclinado á arrodillarse á los pies de la joven cristiana y á declararle que era el último Abencerrage: detúvose empero un resto de prudencia, pues temía no sin razón que su nombre, harto célebre en Granada, inspirase recelos al gobernador. La guerra de los moriscos no había terminado aun, y la presencia de un abencerrage en aquellos momentos podía despertar en los españoles fundados temores. Y no era que Aben-Hamet retrocediese ante peligro alguno, sino que se estremecía á la idea de verse obligado á alejarse para siempre de la hija de don Rodrigo.

Doña Blanca era vástago de una familia descendiente del Cid de Vivar y de Jimena, hija del conde Gomez de Gormaz. La posteridad del vencedor de Valencia la Hermosa, cayó, merced á la ingratitude de la corte de Castilla, en una extremada pobreza, y hasta se llegó á creer por espacio de algunos siglos que se había extinguido: ¡tanta llegó á ser su innmerecida oscuridad! Pero en tiempo de la conquista de Granada, un último retoño de la alcurnia de los Vivar se hizo reconocer, menos en verdad por los títulos de su cuna que por el brillo de su valor. Por todo esto, despues de la expulsión de los infieles, Fernando otorgó al digno descendiente del Cid los bienes de muchas familias moras, y le hizo duque de Santa-Fe. El nuevo duque fijó su residencia en Granada, y murió, mozo aun dejando ya casado á don Rodrigo, su hijo único, y padre de Blanca.

Doña Teresa de Jerez, esposa de don Rodrigo, dió á luz un hijo que recibió al nacer el nombre de Rodrigo, con o todos sus ascendientes; pero diósele también el de Carlos, para distinguirlo de su padre. Los grandes acontecimientos que don Carlos tuvo á la vista desde su más tierna juventud, y los peligros de que se viera rodeado casi al salir de la infancia, contribuyeron poderosamente á hacer más grave y rígido un carácter naturalmente inclinado á la austeridad. Contaba apenas catorce años don Carlos, cuando siguió á Cortés á Méjico, donde había sufrido todos los peligros y sido testigo de todos los horrores de tan maravillosa aventura, presenciando la caída del último rey de un mundo hasta entonces desconocido. Tres años despues de tamaña catástrofe, don Carlos se había hallado en Europa en la batalla de Pavía, como para ver sucumbir el honor yel denuedo coronados, á los golpes de la contraria fortuna. La vista de un nuevo universo, los dilatados viajes por aun no recorridos mares, el espectáculo de grandes revoluciones y vicisitudes de la suerte, habían impresionado enérgicamente la imaginación religiosa y melancólica de don Carlos, que habiendo entrado en la orden de caballería de Calatrava, y renunciando al matrimonio á pesar de los ruegos de

don Rodrigo, destinaba todos sus bienes á su hermana.

Blanca de Vivar, hermana única de don Carlos, y mucho más joven que él, era el ídolo de su padre; y habiendo perdido á su madre, había cumplido diez y ocho años cuando Aben-Hamet se presentó en Granada. Todo era seducción en aquella mujer encantadora: su voz era embriagadora, su baile más leve que el céfiro; ora se complacía en guiar un carro, como Armida; ora volaba sobre el más veloz corcel de Andalucía, como las hadas fantásticas que se aparecían á Tristan y á Gaiar en los bosques. Atenas la hubiera tomado por Aspasia, y París por Diana de Poitiers que empezaba á brillar en la corte. Entero á los encantos de una francesa reunía las pasiones de una española, y su natural coquetería en nada destruía el aplomo, la constancia, la fuerza y la elevación de los sentimientos.

Don Rodrigo había acudido presuroso á los gritos en que habían prorrumpido las jóvenes españolas cuando Aben-Hamet se lanzó al jardín. «Padre mío, dijo Blanca, ved aquí al señor moro de quien os he hablado y que habiéndome oído cantar me ha reconocido, y ha entrado en el jardín para darme gracias por haberle enseñado su camino.»

El duque de Santa-Fe recibió al Abencerrage con esa cortesía grave, y no obstante sencilla, propia de los españoles. No se advierte en esta nación ninguna de esas maneras serviles, ninguna de esas frases que revelan la bajeza de los pensamientos y la degradación del alma. El lenguaje del gran señor es igual al del rústico, igual el saludo, iguales los cumplimientos, las costumbres y usanzas. Y así como la confianza y la generosidad de este pueblo para con los extranjeros no conocen límites, así es terrible su venganza cuando se abusa de su buena fe, pues está dotado de un valor heroico y de una paciencia á toda prueba, incapaz de ceder á la adversa fortuna, siéndole preciso dominarla ó dejarse abrumar por ella. Tiene poco de lo que se llama genio, pero sus exaltadas pasiones suplen en él esa luz que procede de la delicadeza y la profusión de ideas. Un español que pasa el día sin hablar, que nada ha visto, que nada anhela ver, que nada ha leído, estudiado ó comparado, hallará siempre en la grandeza de sus resoluciones los recursos de que haya menester en el momento del infortunio.

Era el día natalicio de don Rodrigo, y Blanca obsequiaba á su padre con una pequeña fiesta en aquella encantadora soledad. El duque de Santa-Fe invitó á Aben-Hamet á sentarse entre las jóvenes, que miraban con cierta extrañeza su turbante y su traje. Trájeronse tapices de terciopelo, y el Abencerrage se sentó sobre ellos á la usanza mora; dirigiéronle luego varias preguntas acerca de su país y sus aventuras, á las que respondió con ingenio y jovialidad. Hablaba el más castizo castellano, y hubiérase podido tomarle por tal, si en vez del tratamiento vos no usará casi siempre el de tú, palabra tan dulce en sus labios, que Blanca no podía hacerse superior á un oculto despecho cuando se dirigía á alguna de sus compañeras.

Presentáronse numerosos sirvientes; quienes traían chocolate, variadas frutas, y azucarillos de Málaga, tan blancos como la nieve, y tan porosos y ligeros como la esponja. Terminado el refresco, pidióse á Blanca que ejecutara algún baile nacional, en que excedía á las más hábiles gitanas, y cedió al fin á los ruegos de sus amigas. Aben-Hamet había guardado silencio, pero sus miradas suplicantes decían bien lo que sus labios no osaban solicitar. Blanca eligió una zambra, baile lleno de expresión, tomado de los moros por los españoles.

Una de las jóvenes empezó á tocar en la guitarra la danza morisca, y la hija de don Rodrigo desembarazándose del velo, aló á sus blancas manos unas castañetas de ébano. Sus negros cabellos caían en leves rizos sobre el alabastrino cuello; sus labios y sus ojos

sonreían de acuerdo, y su tez se animaba á los latidos de su corazón. De improviso hace resonar el ébano excitador, marca tres veces el compás, entona el canto de la zambra, y uniendo su voz á las armonías de la guitarra, parte como un relámpago.

«¡Qué variedad en sus pasos! ¡qué elegancia en sus actitudes! Ora levanta sus brazos con viveza, ora los deja caer con languidez; agítase algunas veces como ébria de placer, ó se retira como abrumada de dolor; vuelve la cabeza, parece llamar á alguna persona oculta, alarga con modestia la sonrosada mejilla al beso de un nuevo esposo, huye ruborosa, torna radiante y consolada, marcha con paso noble y casi guerrero, y gira de nuevo sobre el lozano césped. La armonía de sus pasos, de sus cantos y de los sonidos de la guitarra, era completa. La voz de Blanca ligeramente apagada, tenía ese timbre que subleva las pasiones en el fondo del alma. La música española, compuesta de suspiros, de movimientos vivos, de estribillos tristes y de cantos súbitamente interrumpidos, ofrece una mezcla extraña de regocijo y melancolía. Aquel baile y aquella música fijaron irrevocablemente el destino del último Abencerrage: y en verdad hubieran bastado á conmover un corazón menos lastimado que el suyo.»

La reunión volvió al llegar la noche á Granada, por el valle del Darro. Don Rodrigo, en extremo complacido de las maneras nobles y delicadas de Aben-Hamet, no quiso separarse de él sin pedirle volviere algunas veces á entretener á Blanca con las maravillosas relaciones del Oriente. El moro, que no deseaba otra cosa, aceptó gozoso la cordial invitación del duque de Santa-Fe, y al día siguiente se encaminó al palacio donde respiraba la mujer á quien amaba más que á la luz del sol.

No tardó Blanca en sentir una vehemente pasión, por la imposibilidad misma en que se juzgaba de satisfacerla, puesto que amar á un infiel, á un moro, á un desconocido, le parecía tan raro, caso que no tomó precaución alguna contra el veneno que empezaba á circular por sus venas; mas no bien echó de ver las consecuencias de su mal, lo aceptó como una verdadera española. Los peligros y las penas que desde luego entrevió no fueron parte á hacerla retroceder del borde del abismo, ni á que entrara en consultas con la fría razón; todo su cálculo se redujo á decirse á sí misma: «Sea Aben-Hamet cristiano, correspondame, y le seguiré á los confines del orbe.»

Y era el caso que el Abencerrage experimentaba asimismo todo el poder de una pasión irresistible; viéndole pues únicamente para Blanca, no se curaba ya de los proyectos que le llevaran á Granada; y aunque le era fácil procurarse los datos que había ido á buscar, habiase desvanecido á sus ojos todo interés extraño á su amor, y hasta temía las noticias que hubieran podido introducir alguna mudanza en su género de vida. Nada inquiría, nada arhelaba saber, y todos sus planes se compendaban en este sencillo raciocinio: «sea Blanca musulmana, correspondame y la serviré hasta mi postrer aliento.»

Firmes, pues, en su generosa resolución, Aben-Hamet y Blanca solo esperaban un momento oportuno para descubrirse sus sentimientos. En uno de los días de la más deliciosa estación del año, la hija del duque de Santa-Fe dijo al Abencerrage: «No habeis visto aun la Alhambra, y si he de dar crédito á ciertas palabras que habeis indeliberadamente pronunciado, vuestra familia es oriunda de Granada. ¿Os complacería visitar el palacio de los antiguos reyes moros? Si así es, quiero serviros de guía esta tarde.»

Aben-Hamet juró cordialmente por el Profeta que ningún paseo podía serle más agradable.

Habiendo llegado la hora señalada para la excursión á la Alhambra, la hija de don Rodrigo montó una ha-